

LECTURAS Y ESCRITURAS

Lic. Patricia LEYACK

"... El inconsciente está estructurado como un lenguaje, que en medio de su decir produce su propio escrito". Elijo esta cita del Seminario Du Semblant de Lacan, para comenzar porque me ubica de lleno en el corazón de lo que este texto pretende trabajar. Se trata en lo inconsciente de lo que se escribe a medida que el decir se despliega, a medida que la lengua se pone en movimiento. No se trata, ciertamente, de la lengua de los lingüistas, se trata de una lengua entramada con el goce. Se trata de una Clalengua.

El inconsciente produce, entonces, escrituras. El asunto para nosotros, analistas, es cómo acceder a esas escrituras, cómo descifrarlas y cómo operar sobre ellas para modificar la posición del sujeto. La posición del sujeto con relación al goce. Y si operamos sobre estas escrituras inconscientes, es porque, como dice Lacan en su Seminario AUN: ...No sólo suponemos que el sujeto del inconsciente sabe leer; suponemos también que puede aprender a leer. Leemos esas escrituras, privilegiadamente, en las "formaciones del inconsciente", que entendemos en una primera aproximación como productos del inconsciente. Las leemos aún, en el discurso en general que se despliega en transferencia, que excede las propias formaciones. En sus tropiezos, en sus repeticiones, en sus equívocos, lugares de la lengua que abren, si se los escucha, la vía hacia el sujeto y su goce. ¿Qué leemos? Leemos la letra del sujeto que retorna en su discurso. Rigurosa lógica freudiana: el inconsciente es su retorno. Sólo que con Lacan, ese retorno es el del trazo que representa al sujeto. Letra designará, en primer término, ese lugar del discurso donde está concernido un sujeto. Implicará a un sujeto literalizado, tomado en la letra.

El goce se deposita en la lengua no sin mortificarla, dice Lacan en LA TERCERA, no sin que se presente como leña seca. Leña seca, una buena metáfora para la combustión, combustión libidinal, otro de los nombres para el goce. Ese lugar de la lengua donde ésta además de significar arde: la letra.

La letra escribe a un sujeto en un discurso, pero en una paradójica temporalidad: habrá sido letra una vez leída. Llegamos con esto a la segunda acepción del concepto formación del inconsciente: aquella que emerge con la lectura. La interpretación forma al inconsciente en el acto de su lectura. Que la lectura forme al inconsciente subraya la responsabilidad del analista: su lectura, al apuntar al sujeto, pone en acto el estatuto del inconsciente: la ética del deseo. El analista es un lector: lee a la letra. Equivoca la ortografía con lo que da a leer "... algo que está más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir" (Seminario "AUN"). Al equivocar, y cortar, el analista escribe sobre lo escrito. Su lectura, al retornar vía la interpretación, es una "escritura" sobre el discurso del analizante. Si esta operación de lectura no se produce, la letra estará en suspenso, o mejor suspendida, en espera. Equivocar y cortar es una manera de decir que el analista actúa a nivel del malentendido. Descifra: trata de escuchar la cifra. ¿Cifra de qué? Cifra del goce, que se entrama en los significantes. Y es a ese nivel de lo cifrado que podemos captar, en su repetición, la letra. Descifrar es así todo lo contrario de encontrarle sentidos al síntoma. Es equivocarlo. La letra, al localizar un significante, lo reenvía a otro. Desarticula así el amarre significante que congelaba en el decir del sujeto un sentido y una imagen. Lo dicho, una vez leído, se produce como saber: un nuevo efecto de sentido adviene. Que un texto se realice en su lectura, ya sea un texto escrito o el discurso del analizante, es ir más allá del sentido, es ir contra la fascinación que ejerce el sentido (Lacan, en TELEVISIÓN), atravesar lo Imaginario que nos captura, para leer, en los pliegues[1][1] de lo dicho, aquello que pulsa por decirse, la letra.

En análisis se trata justamente de ir más allá del sentido (del Otro), que éste advenga como sinsentido, única posibilidad para que el síntoma recupere, vía la letra, un sentido para el sujeto. La

petulancia psicoterapéutica, nos recuerda Lacan, es ubicarse en el lugar del Buen Sentido. Cuando Freud trabaja el síntoma como mensaje cifrado hace en realidad un trabajo significativo, de la más pura dimensión significativa, nos recuerda Lacan en TELEVISIÓN.

¿Qué orienta la lectura del analista? Quiero dejarme llevar por esta pregunta.

No se trata en la lectura analítica, por supuesto, de meros juegos significantes.

¿Cómo orientarnos para leer la letra, la que toca, bordea el goce? En esto, una vez más, Freud. Con qué cicatriz sale cada uno del Edipo es nuclear para la escucha, es decir para la lectura. Haber identificado las marcas del Otro en el discurso de su analizante permite leer, cada vez, la respuesta del sujeto a lo que en él se inscribió, a lo que el sujeto leyó de la demanda del Otro y a lo que fantasmáticamente responde sustrayéndose de la vía de su deseo. Haber identificado esas marcas permitirá, cada vez, leer el rasgo del sujeto que se eleva por sobre esas marcas. Enigma, rebus, jeroglífico del lado del sujeto, se configurará como saber cuando retorne leído en la interpretación. Y ese saber no calificará como conocimiento sino como efecto de verdad subjetiva, que permitirá no la acumulación de saber sino, paradójicamente, cierto olvido.

Si el analista es él mismo trabajado por lo que leyó de las marcas de goce de su analizante, su respuesta interpretante estará más cerca de una poiesis que recorte el lugar del sujeto del deseo y despierte del adormecimiento del sentido, que de un razonamiento lógico causal de intención pedagógica. Será el primer sorprendido por lo que se escuchó decir. Su propio saber no sabido se habrá conmovido arrojando un producto: efecto incalculable de poiesis. Escansiones, puntuaciones, cortes de sesión se inscribirán en la misma línea. No son actos calculados.

La sola repetición por parte del analista de algún significativo del discurso del analizante, que al ser repetición siempre abre al horizonte de la diferencia, se puede inscribir en el rango interpretativo. El significativo estaba, pero al ser escuchado como letra adquiere categoría de interpretación: señala un lugar de fijación a veces, un trazo del sujeto, otras. Que el analista no se aturda con el sentido común que los significantes portan, que **no comprende** es lo que produce la ruptura de lo fenoménico, de la imagen y del sentido que en su entramado hacen los significantes. Que apunte al juego de la lengua, sustrayéndose del signo que, para el análisis, es una vía muerta.

Hay presentaciones clínicas en que la intervención analítica escribe una letra, que no estaba escrita por el sujeto del inconsciente, sino que la lectura analítica la escribe porque el sujeto no la leyó. El sujeto la porta. A veces la porta en un rasgo de carácter que no hace síntoma, al sujeto no le hace ninguna pregunta. No viene por eso al análisis. En todo caso, al analista lo interroga una cierta manera de desenvolverse del sujeto, una cierta manera de presentarse en la escena o algo de su imagen. Pero el sujeto de esto no habla. Llegará, más tarde o más temprano, el momento en que el analista interroge ese rasgo de carácter. Recordemos que el Yo, partes del mismo, son inconscientes según Freud. Cuando hablamos de carácter, hablamos de goce, hablamos de cobertura imaginaria de un goce. En el rasgo de carácter se trata, entonces, de un goce que no ha sido ecuacionado por lo Simbólico, de un goce que se mantiene igual a sí mismo, que, en todo caso, le hace problema al partenaire, no al sujeto: el sujeto ahí está tomado pero no interrogado. Eso, sin embargo, se da a leer en la escena. Es la intervención analítica la que, interrogando ese rasgo, propicia un decir del sujeto sobre el mismo, de donde se podrá recortar alguna letra. Letra que, entonces, quedará a disposición del sujeto (un rasgo de soberbia en una analizante; cierta minusvalía en la imagen en otro...).

Del Superyo, tópicamente inconsciente también, le llegan al sujeto letras, que bajo la forma de mandatos coagulados, serán leídas en transferencia, a medida que el discurso se despliegue, y podrán entonces, ser trabajadas por la lógica de la castración. Las mujeres nos arreglamos solas es la frase de la madre, descubierta en el análisis, que a una analizante le arruinaba el disfrute de su reciente noviazgo.

Del Ello, demanda pulsional inconsciente, también habrá que detectar en el discurso frases que retornan idénticas. También se trata de letras coaguladas que conducen acéfalo al sujeto al más allá. Sólo el imperio del saber inconsciente en tanto funciona allí la falta, hará que el deseo circule en el carril primero de la pulsión.

Que el análisis sea una práctica de bavardage, de charlatanería, no es sin riesgos, dice Lacan en MOMENT DE CONCLURE. Dice además, que es por la palabra que se deshace lo que fue hecho por la palabra. Un análisis es siempre una práctica por la palabra. Más allá de algunas intervenciones, según el caso por caso, en lo Real, que puedan ser sin palabras pero no quedan excluidas del orden simbólico del lenguaje (cortar una sesión; ir a una muestra de pinturas de un paciente; aceptar tomar en análisis a un paciente que se medica, si la medicación la controla el psiquiatra con quien yo trabajo...).

Retomemos entonces nuestra pregunta: ¿de dónde surgen las palabras del analista y a dónde apuntan? ¿Sabe el analista de qué modo operar?, se pregunta Lacan en MOMENT DE CONCLURE. No se trata de un saber, se trata más bien de sostenerse en un deseo, el deseo del analista. Se trata - prosigue Lacan en el mismo Seminario-, de que el analista pueda darse cuenta de la pendiente de las palabras para su analizante. Lo que incuestionablemente ignora. No es un saber entonces, lo que responde por la operatoria analítica. Aunque - digo - no es sin saber. El acento está puesto en la función deseo del analista. Es desde allí que el analista opera, buscando la máxima diferencia entre el objeto y el lugar del ideal al que la transferencia lo convoca, propiciando así el deseo, metiéndose con los goces, con lo inmundo.

El analista lee las letras de la repetición, las letras de la fijación, las letras de la respuesta fantasmática a la demanda del Otro. Y lee, también, las letras del deseo que pulsan por ser reconocidas: el deseo es su interpretación, nos recuerda Lacan.

Una paciente presa de un goce superyoico, no desvinculado de un discurso materno al que no puede aún dejar de escuchar, lo que *la demora* en la asunción de su deseo, sueña que a su madre la secuestran. Y que ella, en medio de tan grave situación está, sin embargo, preocupada, porque llega tarde a su trabajo. Asocia que lo que le sucede en el sueño, a su madre haría que se juntara con su padre (quien fue efectivamente secuestrado y muerto durante la Dictadura). Así vos no llegás tarde a ocuparte de *tu* trabajo, fue la interpretación que subraya el trazo del deseo del sujeto.

Si de un saber se trata en el supuesto saber de la transferencia es de un supuesto saber leer de otro modo, lire Autrement, que equivoca, en francés, con el Otro miente. Llevado al límite el Otro no existe, aunque neuróticos, lo hagamos consistir.

No dirigimos nuestra lectura a la comprensión. La dirigimos a que movilice, desacomode, equívoco mediante, los sentidos del Otro que fijan goce en el síntoma. Algo que ha sido procesado primariamente habrá que alcanzarlo, interpretativamente, con una producción que toque al sujeto. Deshacer con palabras lo que ha sido hecho con palabras requiere una formulación singular. Una artesanía del lado del analista.

Cuando Freud decía atención libremente flotante del lado del analista apuntaba a sacarle el comando al proceso secundario en la escucha y por lo tanto en la intervención. ¿O no fue Freud el que escuchó wägen dem pferd? ¿O no fue Freud el que leyó: tantos florines, tantas ratas?

Es en este sentido que entiendo a la atención libremente flotante como la invitación a que el analista se deje tomar, se deje trabajar tanto por lo que escuchó de la posición fantasmática como de los trazos del sujeto, para que su interpretación se cocine allí. Esto es, a mi entender, lo que sensibiliza la escucha analítica para que pueda resolverse en una lectura, en los pliegues del texto, de la letra del sujeto.

Para el conocido aforismo: el estilo es el hombre Lacan propone el estilo es el hombre... al que nos dirigimos. Nos invita así a encontrar un estilo de intervención para cada analizante. Una vez más, la singularidad está en el centro de nuestra tarea.

Trabajo presentado en el Congreso Lacanoamericano, Tucumán, Octubre 2003.

[1] Concepto que Isidoro Vegh trabaja en su Seminario en EFBA, 2003
